

¡A ver qué haces, Adán!

-¡Qué voy a hacer!, pues cogerla del torno.

En efecto, incrustado en una cruz de plata, aparece un corazón pequeño de oro que contiene un fragmento de la Cruz de Cristo, acompañado de otras venerables reliquias entre las que se halla un hueso de San Dámaso.

-Madre.

-¿Qué pasa ahora, Francisco?

-Queremos que nos enseñe la carta de Santa Teresa escrita por ella misma con su misma sangre.

-Pero Francisco, ¿Que te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre...?

-No, si es que... Como estoy con estos señores...

Y surgió la conversación mientras el torno regresaba con la carta de la santa de Ávila primorosamente conservada por las monjas. Se trata de un texto dictado por Teresa y firmado por ella misma. En la cabecera del papel hay manchas de sangre que muy bien pueden ser de la fundadora, pero la carta... Los renglones de la carta fueron trazados por otras manos y están escritos con tinta china. No obstante, nos deleitamos con el texto y la firma de la santa reformadora y, después de una amena conversación con la monjita que sabe a gloria, salimos reconfortados por haber tenido en nuestras manos esas venerables reliquias. También nos alegramos por la satisfacción de Paco, que aflora en el eco de su voz cuando la monjita le recrimina que manda más que don Marcelo.

Regresamos al punto de partida y entramos en la iglesia por un arco de medio punto enmarcado entre dos columnas jónicas. Sobre el arco, la hornacina y el santo patrón Santiago, protegido por un doselete y su frontón. Armas, escudos e insignias nobiliarias se esparcen alrededor, y columnas o basas coronadas por balones de piedra componen una bella estampa de clásico sabor plateresco. El interior es una gran nave en la que se aprecian a simple vista los distintos estilos que la componen. Llenando el ábside central vemos el retablo mayor presidido por Santiago vestido de colores y un crucifijo sobre él; a ambos lados, mausoleos en mármol negro ilustradísimos con letras renacentistas y escudos de los Lasso. En el lugar que todos los corvanchos conocen como El Transparente se deja leer un soneto de inspiración ascética escrito por el infante Don Carlos de Austria, extraño

y enigmático personaje glosado por Quevedo e inmortalizado por Velázquez, con motivo de la muerte de Luis Lasso de la Vega de noble ascendencia, caballero que fue de la Orden de Calatrava y Corregidor de Granada. Y qué tiene que ver el infante con Cuerva y, concretamente, con Luis, se preguntarán más de dos. Diré, para empezar, que Don Carlos era hijo poco agraciado del Rey Felipe III, monarca que concedió título de villa a Cuerva, e hizo pinitos literarios de corte cancioneril cuyos frutos recopiló García de Resende en su famoso Cancionero, por lo que muy bien pudo hacer este soneto que no está mal, y que Luis era mayordomo del infante y su esposa, Doña María de Licques, dama de la infanta Doña Isabel...

Cinco capillas se distribuyen el ancho de la nave entre bóvedas de crucería, arcos góticos y labores de sabor mudéjar. Una de ellas es la espaciosa Capilla de las Reliquias, separada de la nave central por una hermosa rejería. En ella, entre tablas del siglo XV, objetos de culto y reliquias, sobresale La Última Cena, de Tristán, el discípulo: el volumen de los personajes, los pliegues de sus ropajes, sus actitudes, expresiones y movimientos atrapados en una instantánea del acontecimiento, el ademán de las manos en recuerdo del maestro cretense... El jarrón de cobre en el frontal con agua para el «lavatorio»...

Entre dos luces, Paco nos lleva a la «Ermita del Remedio», en el camino de Toledo, que se nos presenta un punto más grande que el común de las ermitas.

Un arco toral de ladrillo divide la nave en dos secciones: la central, cuyo artesonado parece recién puesto, y la del presbiterio con una preciosa cubierta de estilo mudéjar. En el camarín de la Virgen, nos dolemos con pinturas en estado deplorable, que remiten a Simón Vicente, coetáneo de Luis Tristán y autor de preciados óleos y frescos admirados en varias iglesias de Toledo y también de Los Yébenes, y deberían ser restauradas.

-Te voy a decir algo que te va a interesar

-me dice Paco cogiéndome del brazo mientras salimos del recinto-. Aquí ha estado San Juan de la Cruz y la Beata María de Jesús, la «letradillo» de Santa Teresa.

-No me digas que San Juan...

-Y lo repito. Repara en que la ermita está en el camino de Toledo, y cuando vinieron a inaugurar la Fundación que hemos visto aquí mismito se detuvieron, y comulgaron y rezaron. Además, se da por cierto

